

PEDRO MIGUEL LAMET

Para alcanzar amor

Ignacio de Loyola y los primeros jesuitas

la esfera  de los libros

Paje de un cardenal

Asomarse a un río es contemplar el tiempo en el fluir del agua, remontarse a sus fuentes, bogar con los remos de la imaginación hasta su desembocadura, donde se pierde para fundirse con el mar. Mirar un río es meditar sobre la vida y evocar nuestra fugacidad con el griego Heráclito y nuestro vaciamiento en las coplas de Jorge Manrique. Así de extasiado me quedé al volver a contemplar mi río desde el puente árabe de Alcántara tras regresar a Toledo después de tantos años. ¡Qué inocente y travieso era yo a los catorce años, cuando lo dejé, y qué ajeno a cuanto me esperaba en la vida en aquella memorable fecha! Sin embargo, el meandro del Tajo sigue abrazando a la ciudad imperial como si no hubiera pasado el tiempo, como si, indiferente, no advirtiera mi actual mirada, más vieja, más cansada.

Al echar la vista atrás sobre todo me preguntaba una y otra vez: ¿puede el biógrafo plasmar el alma secreta de su personaje? Incluso, como es mi caso, cuando desde niño lo traté, veneré, amé y seguí intensamente, ¿puede un hombre conocer cabalmente a otro hombre? Según mi experiencia, sus hechos externos, sus escritos más íntimos, la colección de sus cartas, sus obras, permiten

sin duda aproximarnos a él. Pero ¿quién entra a fondo en el misterio de un alma, los recovecos recónditos de una vida, sus horas de soledad y sufrimiento, duda y miedo, el vacío o la plenitud de una existencia? ¿Quién puede trasladar al papel uno solo de sus sentimientos de amor, búsqueda y encuentro? Sobre todo, cuando, como es mi caso, se trata de escribir la vida de un conductor de almas, un fundador, un padre, e incluso un místico que ha buceado en el misterio y saltado hasta los arcanos infinitos.

Estas y otras preguntas me hacía yo ante las piedras doradas y el fluir de las límpidas aguas del río Tajo al regresar a mi natal Toledo. Todo parecía nuevo y distinto. ¡Cuántos años vividos, experiencias almacenadas, viajes y encuentros que han marcado en mi rostro surcos de existencia desde entonces!

Apenas iba a cumplir los catorce años cuando estaba abandonando este mundo la bellísima emperatriz Isabel de Portugal. Nadie quería creérselo. Rubia, delgada, etérea como un querubín, parecía incorruptible. Corría el año de 1539 y junto a mi madre a codazos esperábamos la comitiva del populacho, que desde antes del amanecer se agolpaba en las calles adyacentes para asistir a la salida del túmulo. Un temblor de ángeles silenciosos embriagaría, imagino yo, el palacio de Fuensalida cuando doña Leonor, la esposa de Francisco de Borja, duque de Gandía y marqués de Llombay, untó el cadáver de ungüentos y perfumes y lo amortajó con el hábito franciscano. Isabel había pedido que solo ella, su amiga portuguesa de la infancia y camarera mayor, tocara su cuerpo muerto.

De acuerdo con sus últimas voluntades, la emperatriz no fue embalsamada. A las tres de la tarde, entre miradas de curiosos, dejaba el palacio su féretro ante los ojos atónitos del pueblo de Toledo, mientras el cardenal, el corregidor y el ayuntamiento esperaban su llegada en la plaza del Conde. Treinta y dos grandes de España sacaron el ataúd a hombros junto a los mayordomos de la

pareja imperial y los duques de Gandía, y se lo entregaron al corredor. El catafalco de plomo encerrado en caja de madera, que iba cubierto de un paño negro con una cruz de terciopelo morado, fue conducido en procesión hasta este mismo puente de Alcántara. Pasaron frente a Santo Tomé y San Salvador, bajaron por Trinidad y cuatro calles.

El Tajo impregnaba de húmedo silencio un atardecer de mayo ungido de tristeza. Todos los estamentos, según me describía mi madre señalándolos con el dedo, iban representados en aquel mudo cortejo: cabildo, cofradías, capellanes mozarabes, curas, beneficiados, órdenes y conventos. El marcial paso de la guardia del emperador custodiaba el cadáver junto a los pajes del príncipe, que iban con hachas encendidas, con los maceros y las cruces de guía del cardenal y el emperador. Tras los restos iba Valdés, el capellán de la emperatriz, obispo electo de León. Le seguía el príncipe Felipe y, a su lado, el cardenal Tavera visiblemente afectados. Detrás, junto a otros nobles, caminaba erguido, pero pálido como la cera, el marqués de Llombay, caballero mayor de la emperatriz, que cumplía ese día diez años de su boda, los mismos transcurridos al servicio de doña Isabel.

—Mira, Pedro, es Francisco de Borja, duque de Gandía, grande de España —me dijo entonces mi madre al oído.

Mi padre, Álvaro Husillo Ortiz de Cisneros, había muerto hacía cuatro años cuando yo aún solo tenía diez. Entonces mi madre, Catalina de Villalobos, que había dado a luz a tres hijas antes de a mí mismo, subsistía con escasos bienes de fortuna. Con el fin de que yo viniera a este mundo, hizo la promesa a Nuestra Señora de que, si lograba tener un niño, me haría capellán de Nuestra Señora. He de añadir un dato que he guardado toda mi vida en secreto: mi padre, que era jurado del ayuntamiento de Toledo, y toda mi familia Husillo eran de judíos conversos, cristianos nuevos que aún hoy, como contaré, no son bien vistos por nuestros contempo-

ráneos, aunque el padre Ignacio siempre defendería el privilegio de llevar en las venas la misma sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

¿Quién me iba a decir entonces que aquel encumbrado Borja, que vi por primera vez por las calles de Toledo, iba a ser con los años sucesor de Ignacio de Loyola en el gobierno de la Compañía de Jesús y que me encargaría a mí, Pedro de Ribadeneira, la comprometida misión de escribir la primera biografía de nuestro padre y fundador?

Al llegar al puente de Alcántara se detuvo el cortejo fúnebre. Allí esperaban con la cabeza inclinada y velo de luto las damas de la emperatriz. La marquesa de Llombay, la condesa de Faro y otras señoras recibieron el cuerpo imperial y colocaron la litera sobre dos acémilas negras con sillas y guarniciones de tela de oro y pelo carmesí.

Un curioso preguntó a otro viandante:

—¿Por qué no van en el cortejo los jerónimos del monasterio de Sisla?

—Porque allí dicen que se ha retirado el emperador.

En efecto, don Carlos no quiso ver a su esposa muerta. Avisado urgentemente de la gravedad de doña Isabel, el emperador y el príncipe Felipe no llegaron a Toledo a tiempo de verla viva. Carlos quería conservar en su mente la memoria del amado y hermoso rostro vivo, por lo que, bordeando el Tajo, se encerró en el monasterio y envió al joven príncipe Felipe. Sin embargo, Francisco de Borja no se separó ni un momento del cadáver cubierto.

Las campanas de Toledo y los cantos fúnebres caían rodando sobre la paz de la tarde, y las aguas del río, que a su vez parecían arrastrar hasta Lisboa los lamentos por la rubia portuguesa que había enamorado a España, daban su último adiós al negro carruaje imperial mientras este cruzaba lentamente el puente hasta que se perdió en las colinas detrás del río. Cuando llegó a la catedral de Granada, ante el descubrimiento de la podredumbre del otrora

hermoso rostro y la brevedad de la vida, Francisco maduraría la decisión de «servir a un señor que no se me pueda morir» y convertirse de grande de España en humilde y austero jesuita.

Precisamente por aquellos días había llegado a Toledo para asistir a los funerales otro príncipe, en este caso de la Iglesia, el cardenal Alejandro Farnesio, acompañado de un brillante cortejo. Su roja sotana y bonete enmarcaban un pálido rostro cercado de barba y pelo muy negros. En Toledo todo el mundo hablaba de él: nieto de un papa, Paulo III, era hijo del duque de Parma, Pedro Luis Farnesio; su madre, Girolama Orsini, no era menos ilustre por familia. Bien asentado en Roma por el patente nepotismo de su abuelo con múltiples cargos, pronto le fueron encomendadas importantes misiones diplomáticas, como alianzas contra los turcos y la paz entre Francisco I y Carlos V. Entonces la excusa era mostrar sus condolencias al emperador por la muerte de su esposa, pero en realidad, como pude saber después, su verdadero propósito era proponer infructuosamente el matrimonio del recién enviudado Carlos V con la princesa Margarita de Francia para rebajar la tensión franco-imperial. ¡Bueno estaba Carlos para pensar en aquel momento en otro casamiento!

Pues resulta que el cardenal Farnesio se hospedaba en Toledo en el palacio del Nuncio, que estaba justo enfrente de mi casa. Y un buen día se me ocurrió proponerles a otros adolescentes, mis compañeros de travesuras, una chiquillada:

—¿Por qué no nos mezclamos con los pajes del cardenal y lo conocemos de cerca?

Así lo hicimos y el cardenal italiano se fijó en mí:

—¿Y tú quién eres? Nunca te había visto antes.

Le conté con el mayor descaro cómo me había mezclado con sus pajes para conocerle. Eso le cayó en gracia y de pronto no sé qué vería en mí que me propuso llevarme como paje a Roma para garantizarme un futuro. Mi madre vio con esta proposición el cie-

lo abierto, pues además de facilitarme de este modo una carrera, encontraba la forma de encauzar mis travesuras que la traían de cabeza, tanto a ella como a Cedillo y Venegas, mis maestros en el aula de gramática. Y yo, aunque me costaba abandonar a mi familia, vi una excelente oportunidad para descubrir nuevos paisajes y aventuras.

Vos, señor, hicisteis —escribiría más tarde en mis *Confesiones*— que él me viese servir a su mesa y se me aficionase y me pidiese a mi madre para llevarme a Roma, prometiéndome hacerme grande hombre, como él decía, y que mi madre, por el deseo que tenía de verme clérigo, viniese en ello, y me enviase de tan corta edad y con gente no conocida y extranjera y en tiempo en que era muy poco usado el camino de España a Roma; porque mi partida fue por el mes de mayo de 1539, e hice mi jornada con mucha comodidad y regalo, y llegué a Roma el mismo año y estuve en el palacio del cardenal, que a la sazón era el que más podía con el papa.

Pronto olvidé las lágrimas de la despedida mientras se encandilaban mis ojos durante el largo viaje por las variopintas tierras de España, Francia e Italia, y sobre todo con el descubrimiento de Roma. La Ciudad Eterna amaneció ante mis ojos adolescentes como una mezcla de arte y caos, carrozas de príncipes y carros de forrajes, niños desharrapados y mármoles relucientes. El olor de los floristas callejeros contrastaba con la peste a orines, gallinas y caballerías, y la magnificencia de los cardenales con la pobreza del pueblo entre lívidas y pintarrajeadas prostitutas. Mi infantil curiosidad devoraba cuanto transcurría en aquel laberinto de mármoles, casuchas y puestos callejeros.

Intenté desempeñar mi oficio de paje con el mayor garbo posible, aunque, dados mi edad y carácter, salpicándolo de no pocas travesuras y pependencias. Ni la presencia del mismo papa conseguía

retraerme. Una noche, durante una fiesta en el palacio Farnesio, sostenía un hachón iluminando al cardenal y como de pronto otro paje me hiciera una mueca, se lo estrellé a este en la cabeza. En otra ocasión, durante la fiesta de la Candelaria, cuando el papa repartía cirios benditos, en vez de besarle el pie, como está prescrito, lo hice directamente en la mano. Afortunadamente al cardenal le caían en gracia estos desmanes y no me despidió de su servicio. Mi madre, que me conocía muy bien, escribió a mi tío, hermano de mi fallecido padre, el famoso doctor Ortiz, a Roma pidiéndole que echara un vistazo al niño y le regañara si viniera al caso. Pedro Ortiz era entonces un español influyente, pues había ostentado cátedra en Salamanca y ejercía como agente imperial en Roma contra el divorcio de Enrique VIII. Mi tío había dado un vuelco a su vida en contacto con Ignacio, del que había desconfiado cuando ambos se conocieron en la Universidad de París, como contaré en su momento.

Un día paseaba el doctor Ortiz conmigo por las calles de Roma y me señaló la casa del padre Ignacio, recomendándome encarecidamente tratara con él.

—No te arrepentirás, muchacho —me dijo.

Pero yo me olvidé de este detalle hasta que un día, acompañando al cardenal Farnesio, salí a pasear al campo. De pronto vi la ocasión propicia de escabullirme del cortejo cardenalicio y andar más libre a fisgonear por mi cuenta las animadas calles de Roma repletas de mendigos, soldados y mercaderes. Todo un espectáculo para mi curiosidad. Me lo pasé de lo lindo. Pero se hizo de noche y pensé: ¿cómo me presento yo ahora delante del cardenal? ¡Menu-da reprimenda! Me acordé de la casa de Ignacio y, tras santiguarme, llamé a la puerta, con tan buena fortuna que fue el propio aludido quien salió a abrirme.

—¿Qué se os ofrece, muchacho?

—Quisiera ver al padre Ignacio de Loyola.

—Con él estáis hablando. ¿Cómo os llamáis?

—Pedro —respondí.

En el futuro, Ignacio y los demás compañeros siempre me llamarían Perico. Lo del apellido que utilizo, de Ribadeneira, venía de mis antepasados maternos, procedentes de Galicia, de *Riba de Neira*.

Me sorprendió la reluciente calva y el perfil acusado de aquel hombre, al que seguían llamando Íñigo sus amigos más cercanos. Destacaba su calva con sienes escarpadas y rectas. Un pequeño bigote se unía a una barba escasa, que sombreaban la boca y el mentón. Entonces no sabía formularme lo que percibí. Con el tiempo comprendí que en sus labios se adivinaba finura y una rara mezcla de carnalidad y espíritu, de fuego y palabra. Pero lo que más me impresionó fueron sus ojos grandes, llenos de párpado, profundos, extenuados y a la vez luminosos, como si la vida capitaneara sobre el dolor. Pasados los años llegué a la conclusión de que era un hombre diferente, que parecía estar y no estar.

Mi intuición me dijo que podría sincerarme con él y con espontaneidad adolescente le conté punto por punto mis aventuras. Ignacio sonreía, me condujo al comedor a cenar y me permitió que durmiese allí aquella noche. Al día siguiente informó al cardenal Farnesio de lo sucedido y le devolvió su paje, hasta que yo, impresionado con la acogida de aquel hombre santo y la grata charla con sus compañeros, pensé en irme a vivir con ellos.

Todo el mundo me lo quitaba de la cabeza. «Veleidades de muchacho», decían. Pero yo, ni corto ni perezoso, me encaminé a casa de Ignacio y pedí por las buenas ingresar en su Compañía de Jesús a mis imberbes quince años. Parecía una locura, aun más entonces, cuando la orden andaba necesitada de hombres hechos y derechos, doctos y bien formados. Pero, gracias a esa chispa de intuición que caracterizaba al maestro Ignacio, adivinó que no solo iba a cuajar entre ellos, sino que podría hacer algún bien en el futuro. Y así, de pronto me convertí en el más joven de la casa.

Ingresé en la Compañía el 18 de septiembre de 1540, justo nueve días antes de que el papa aprobara la nueva orden. ¿Quién me hubiera podido decir que aquel adolescente se convertiría en el primer biógrafo del fundador, hasta llegar a ser conocido en aquel tiempo como escritor y, sobre todo, apreciado como su querido hijo y amigo? O que me tocaría en el futuro realizar delicados cometidos, como asistir en su enfermedad a la reina María de Inglaterra en Londres y trabajar en Padua, Palermo, Roma, Toscana, Sicilia y España con diversos y destacados cargos de responsabilidad que me permitieron conocer a fondo la labor de la Compañía.

Pero lo que aquí me importa señalar es la publicación, tras diversas traducciones de otras obras, de la primera versión en latín de mi *Vida de Ignacio de Loyola*, escrita en Toledo, que vio la luz en 1572 y, en su versión española, impresa en 1583, y que revisaría y corregiría años después. Con amor de hijo me había ido preparando recogiendo anécdotas, hechos y dichos de nuestro padre, parte en latín y parte en castellano, compilados en *De actis Patris nostri Ignatii* entre los años 1559 y 1566. Me documenté a fondo, intentando ser fiel a la historia, como me he esforzado en otras obras posteriores. Pero no puedo negar que la consagrada a Ignacio es mi más querido libro pues salía a borbotones del corazón. Así lo hice constar en el prólogo:

Este es un piadoso y debido agradecimiento y una sabrosa memoria y dulce recordación de aquel bienaventurado varón y padre mío que me engendró en Cristo, que me crió y sustentó, por cuyas piadosas lágrimas y abrasadas oraciones confieso yo ser eso poco que soy... Contaré lo que yo mismo oí, vi y toqué con las manos de nuestro padre Ignacio. A cuyos pechos me crié desde mi niñez y tierna edad... Dentro y fuera de casa, en la ciudad y fuera de ella, no me apartaba de su lado, acompañándole, escribiéndole

y sirviéndole en todo lo que se me ofrecía, notando sus meneos, dichos y hechos.

Y es que, si bien al principio el padre Ignacio tuvo que soportar algunas de mis niñerías, como la polvareda que el nuevo novicio levantaba al barrer, el desastre de mi primera tortilla quemada un día que había visita invitada en casa, mis escandalosos saltos en las escaleras bajadas de tres en tres y algunos huesos de aceituna o cerezas que fueron a parar en la oronda calva del fundador, sabía que le caía en gracia a pesar de sus reprimendas, mientras él aseguraba a los otros padres:

—Ya veréis como este Perico dará buenas peras.

Otro día, mientras paseábamos por el huerto, me preguntó:

—¿Qué te parece a ti, Pedro? ¿En qué consiste ser secretario?

—Creo que en saber guardar bien los secretos.

—Pues en adelante tú serás mi secretario.

De este modo comencé a trabajar al servicio de Ignacio como amanuense, tanto en copiar cartas y circulares como en corregir con detalle erratas e incorrecciones de los escritos. No en vano me ha gustado siempre cultivar la lengua, sobre todo la castellana. De secretario me hizo, como he dicho, su confidente. Íbamos juntos a enseñar catecismo a los niños o a tomar el aire en el campo. Un buen día me atreví a hablarle de algo que iba mascullando hacía tiempo, y es que el italiano de nuestro padre, aprendido mal y de mayor, era un tanto pedestre, mientras que yo lo dominaba bastante bien gracias a la preparación recibida durante los meses que viví en el palacio Farnesio.

—Si vuestra paternidad mejorara su italiano —le dije—, creo haría más fruto al ser mejor entendido.

—Decís bien, Perico. Pues corregidme en buena hora todas mis faltas, os ruego, y avisadme para que las enmiende —contestó Ignacio con humildad.

Me puse a ello, incluso anotando sus incorrecciones con papel y tinta. Hasta que advertí que era menester corregir casi todas las palabras que pronunciaba en italiano y vine a señalárselo. Él con mansedumbre respondió:

—¡Qué hacer, si así lo quiere Dios!

Quería decir que Nuestro Señor no le había dado más y con eso había de contentarse para servirle.

Aparte de esa rica experiencia de testigo, me he servido también de algunas aportaciones de mis compañeros. Sin duda la más importante es la propia *Autobiografía* de Ignacio. Tanto el mallorquín padre Jerónimo Nadal como el secretario de la Compañía, el burgalés Juan Alfonso de Polanco, estaban empeñados en que el fundador nos contara su vida. Ambos, como yo mismo —por cierto, por las venas de los tres corría sangre judía de cristianos nuevos, lo que, como acabo de decir, no es precisamente una ayuda en los tiempos que corren—, tenían mucha confianza con nuestro padre. Nadal le insistía una y otra vez. Con tal cometido se sirvió del jesuita portugués Luis Gonçalves de Cámara para convencerle de la importancia para la joven orden religiosa de que Ignacio narrara los avatares de su vida.

En una tarde de confidencias, paseando por el huerto, Ignacio reflexionó sobre esta posibilidad y le dijo durante la cena:

—Al recogerme en mi cámara, maestro Gonçalves, he sentido inclinación y devoción a hacerlo. Comenzaremos pronto.

Así, en septiembre de 1553, cuenta Gonçalves, «me llamó y empezó a decirme toda su vida, y las travesuras de mancebo clara y distintamente, con todas sus circunstancias, y después me llamó en el mismo mes tres o cuatro veces y llegó en la historia hasta estar en Manresa algunos días».

Me contaba el portugués:

—El modo que el padre tiene de narrar es el que usa en todas las cosas. Con tanta claridad, que parece hacer al hombre presente

todo lo que es pasado. Yo transcribía, sin poner ni una palabra de mi mano.

La vejez y las enfermedades impidieron a Ignacio continuar con el relato hasta el año siguiente. Nadal volvió a insistirle y, recogiendo ambos en la llamada Torre Roja, donde solían reunirse con tal propósito, continuó en su cometido, cuya transcripción remató el portugués en Génova, aunque esa parte dictándola en italiano puesto que carecía de amanuense español. Gonçalves completó la historia con un aglomerado de anécdotas en su *Memorial*. Y también tuve acceso a todos los recuerdos del padre Diego Laínez, que llegaría a ser el primer sucesor de Ignacio como general de la Compañía.

Y así lo hice constar en el prólogo de mi biografía: «Cómo nuestro padre Ignacio...

... acabada su oración y consideración, contando al padre Luis Gonçalves de Cámara, con mucho peso y con un semblante del cielo, lo que se le ofrecía; y el dicho padre, en acabándolo de oír, lo escribía casi con las mismas palabras que lo había oído; y todo esto tengo yo como entonces se escribió. Escribiré asimismo lo que yo supe de palabra y por escrito, de nuestro padre maestro Laínez, el cual fue casi el primero de los compañeros que Ignacio tuvo, y el hijo más querido; y por esto, y por haber sido en los principios el que más le acompañó, vino a tener más comunicación y a saber más cosas de él; las cuales, como padre mío tan entrañable, muchas veces me contó, antes que sucediese en el cargo a Ignacio, y después que fue prepósito general.

De todo ello me serví para redactar mi *Vida de Ignacio de Loyola*. De las cartas que recibí después de su publicación conservo una del eminente escritor fray Luis de Granada, que entre otras cosas confesaba: «A todos mis amigos, sin recelo de lisonja,

he dicho lo que siento de este libro, y es que en esta nuestra lengua no he visto hasta hoy libro escrito con mayor prudencia y mayor elocuencia y mayor muestra de espíritu y doctrina». Palabras que venidas de un dominico —es verdad que, como la Compañía, también el padre Granada era zaherido por nuestro más enconado perseguidor Melchor Cano— tienen más mérito.

Así pues, mi libro más querido acabó apareciendo por las mismas fechas que don Miguel de Cervantes Saavedra lanzaba *La Galatea*, mientras que su *Don Quijote* coincidiría con la publicación de mi obra *Manual de Oraciones*, que brotó de los tórculos en 1605. Quizás pueda ser que entre el histórico caballero gentil-hombre que llegó a santo y el personaje del loco hidalgo que se hizo caballero andante para *desfacer* entuertos, encuentre el lector algunos puntos de contacto en este siglo poblado de aventureros, soñadores y héroes.

No es lugar aquí para dar cuenta de mis sufrimientos, trabajos y luchas desde que fuera a estudiar a París ni de los conflictos que tuve como consecuencia de las persecuciones de nuestra naciente Compañía, como relataré más adelante. Lo cierto es que estos últimos años, transcurridos en Toledo y Madrid, donde he contribuido a la fundación del Colegio Imperial, no he gozado de buena salud como consecuencia de un tabardillo y otros achaques que me han mantenido en cama durante largas jornadas.

Obsesionado con la figura de mi santo padre Ignacio, a veces, al hilo de mis recuerdos de biógrafo, se me aparecían como en sueños personajes que forjaron su vida y me narraban sucesos significativos que constituyeron hitos de su camino espiritual, episodios de otra biografía, la más honda, la que no recogen los libros, porque fluye en la intimidad del alma con Dios. Bien es verdad que no hurtaré en este nuevo relato, fruto de la sabiduría de los años, los sucesos externos que enmarcan ese misterioso descubrimiento interior. Pero más que estos, y después de haber escrito los hechos

de vida de Ignacio de Loyola, me propongo intentar abrirte, lector amigo, el libro de su alma. Tarea nada fácil pues se cruzan en su perfil la introspección de un hombre muy interior, la fuerza de un soñador, la contemplación de un místico, la racionalidad de un estratega y el impulso de un pedagogo. Pues la verdad sea dicha, incluso para mí, su discípulo y amigo, Ignacio de Loyola sigue siendo un misterio. Algunos me tacharán sin duda de haber magnificado la imagen de mi santo padre, incluso de haber ocultado o tergiversado, en aras al proceso de canonización, algunos aspectos de su vida. Espero satisfacer en estas páginas ese posible vacío.

No sé si este manuscrito llegará a publicarse, pero mi pluma, después de haber fatigado los tórculos con tantos libros y biografías, necesitaba volver a desahogarse al final de sus días. Sea el lector benévolo con este escritor achacoso.

Un valle en la infancia

Aunque me flaquea la vista y me tiemblan las manos, no hago sino acariciar y releer una y otra vez las páginas de mi más querida obra, la *Vida de Ignacio de Loyola*. Muchas noches me levanto en medio de las fiebres que atormentan mi salud, enciendo una bujía e intento recrear en mi mente, hojeando el libro, la figura de mi querido padre como si estuviera vivo. Y reconozco a mi pesar que hay un salto importante en mi biografía, pues solo dedico unas líneas a su nacimiento e infancia. ¿Por qué nuestro padre habló tan poco de ese tema a sus íntimos? Cuando en mis años de convivencia con él escrutaba sus ojos entornados, siempre me preguntaba: ¿cómo sería de niño en medio de las sombrías habitaciones de aquella gran casa-torre solariega de Loyola? Y sigo preguntándomelo, ya que ahora en mi ancianidad sé hasta qué punto en todo hombre perviven hasta la muerte los estremecimientos y vivencias del niño que fue.

Cierro los ojos y le veo en aquel valle largo y ondulado, íntimo y abierto, bajo un protector cielo encapotado en el que se respira la penetrante fragancia de su verde frescura. Al fondo, junto a la casa torre, trepan por los altozanos espesos bosques de castaños,

hayas y robles. Al otro lado, la mole calcárea del Izarraitz, con su casi inaccesible cresta pelada. Es un valle de aromas entrañables con una casa-torre sobre un otero, cercada de floresta y árboles frutales, manzanos sobre todo, en un lugar solitario, como solitaria había sido su infancia, como llegaría a ser su vida.

Cual fantasmas aparecían en mi mente los personajes que cruzaban la infancia de Íñigo: un caballero distante y aguerrido limpiaba su espada a la luz de la luna. Don Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola, el padre de Íñigo, rostro y cuerpo de soldado irremediablemente frío, moriría cuando este solo tenía dieciséis años. Demasiado joven para no sentir la carencia de su respaldo. Gran soldado, luchó en servicio del rey don Enrique IV y también de don Fernando e Isabel, como lo había hecho del rey de Navarra, don Juan, padre del Rey Católico. He visto en las contadurías asientos por lo que nuestros reyes le recompensaron con privilegios y rentas anuales.

A sus abuelos el pequeño Íñigo nunca los pudo conocer. De madre, solo una sombra en el pasado, le quedaban escasos recuerdos. Debía de ser bastante mayor cuando dio a luz; de hecho, muchos se maravillaron al verla embarazada, según manifestaría el ama de cría en el proceso de beatificación. Al hijo podría adivinársele la orfandad en un deje triste de la mirada; esa ausencia que tienen, a la vez algo de niños grandes y un cierto desvalimiento, todos los hombres que no pueden evocar las caricias de madre. Doña Marina Sánchez de Licon, hija del jurista de la corona don Martín de Licon, más conocido por doctor Ondárroa, se perdió en las sombras del pasado dejando escasa memoria: una saya que legó en el testamento y unas mandas de tres ducados para cumplir un voto.

Pero sobre todo, la más entrañable y brumosa figura femenina sin rostro, que de algún modo sustituía al de su madre, fue el de su querida cuñada Magdalena de Araoz. A veces la figuro en mis sueños como un mujer guapa, bien plantada, inteligente, dis-

puesta y señora de su casa. ¡Cómo me hubiera gustado preguntar a doña Magdalena cuánto de su perfume femenino pudo dejar ella en la vida de Ignacio! O la buena mujer que lo amamantó, María Garín, esposa del herrero Martín de Errazti, que vivía en el cercano caserío de Eguibar. ¡Quién le iba a decir que con el tiempo el testimonio de aquella madre de leche se iba a imponer a todos los eruditos sobre la fecha de su nacimiento: 1491! *Nutrix tamen eius duos annos addebat*: «La nodriza, sin embargo, añadía dos años» sobre la fecha que todos creían auténtica.

¡Cuántas veces habría recorrido Íñigo el camino antiguo desde su casa solariega que lleva a Azpeitia, enfrente de la antigua ermita de Nuestra Señora de Olatz! Le gustaría de niño bajar, después de jugar, aquellos húmedos escalones de piedra que llevan hasta el río Urola y beber en la fuente que allí sigue manando aguas sonoras y frescas. Pero sin duda iba a quedar algo de orfandad en aquel paisaje sin madre; un vacío que seguramente se hundiría en su interior siempre que volviera al valle. Su infancia guardaba además reminiscencias del hierro bien forjado del herrero Martín ante el que se quedaba extasiado en la labor de fundirlo hasta convertirlo en espadas, hoces y arados.

—Lejos van estos fierros, Íñigo. A Flandes y a Inglaterra van —comentaba con vasca sobriedad el esposo de su nodriza. Pero él se quedaba con esa compenetración de fuego y fierro hasta ser uno, una imagen que le duraría toda la vida, como trasunto del verdadero amor. ¡Y qué olor el de las castañas de su tierra, asadas en casa del herrero! Hasta la ancianidad en Roma llegaría el recuerdo de aquella fragancia campesina y hogareña. Un par de castañas sería siempre su mejor regalo, incluso cuando le dolía su maltratado estómago.

Y luego esa multitud de hermanos, doce nada menos. Siete años tenía Íñigo cuando jugaba con los hijos del mayor de ellos y trataba como madre a la esposa del heredero Martín, el segundo de

la lista, puesto que el primogénito, tras haber armado en Zumaya una nao con ochenta y cinco hombres de guerra para apoyar la segunda expedición de Colón, había muerto dos años antes, como lo haría el tercer hermano, bajo el meridional cielo azul de Nápoles, batallando junto al Gran Capitán. Los nombres de sus hermanos venían a su mente por riguroso orden: Juan, Martín, Beltrán, Ochoa, Hernando, Pedro el cura; y las chicas: Juaniza, Magdalena, Petronila, Sancha, Mariana y Catalina. Soldado había sido también Ochoa, que moriría en Loyola hacia el 1510; y en la lejana América se habían perdido los pasos del quinto hermano, Hernando.

De familia le venía pues la afición a las armas, ya que varios de ellos las habían empuñado. También en algún testamento, como en tantas familias de la época, aparecerían dos hermanos bastardos, de los que apenas se hablaba en casa. El concubinato, las rencillas y la acción de los propios curas de Azpeitia eran un telón de fondo que contrastaba con el recoleto toque puntual de las campanas de numerosas freiras y ermitas que salpicaban todo el valle y una recia fe de transmisión patriarcal que llegó incluso a prohibir a aquellas tierras el acceso a judíos, mahometanos y cristianos nuevos.

Los nombres se ramificaban con otros apellidos sonoros: Lazcano, Iraeta, Emparan, Licona, Yarza... Parientes y tierras, ferrerías y molinos que ocuparon su entorno y se convertían en vívidas sensaciones, olores, imágenes y descubrimientos hasta los dieciséis años. De niño, se imponía la figura de su hermano Martín. Le veía entrar en casa como si fuera su padre, con aires de dueño y señor de Loyola. Porque así en la práctica lo era, como heredero único a quien correspondía el mayorazgo, obligado solo a dar a su hermano una modesta ayuda, la legítima.

Recordaría aquel día en que su hermano le dejó acariciar, con olor y polvo de años, los papeles otorgados en 1402 a su antepasado don Beltrán: los diezmos de la parroquia y bulas y privilegios de Benedicto XIII. Y más aún, de aquella añosa arqueta sacaba

Martín documentos de los Reyes Católicos que parecían levantar estruendo de caballos, espadas y gritos de guerra; que alababan los «muchos, buenos e leales servicios» que costó a su padre ponerse «a peligros e aventura». En los relatos de Martín veía el niño cabalgar y crecer la figura de su progenitor, luchando en la batalla de Arévalo en 1475, en los cercos de Toro y del castillo de Burgos, contra los portugueses, y en la defensa de Fuenterrabía en 1476 frente a las tropas francesas de Luis XI.

—¿Y qué decir de nuestro abuelo, Íñigo? —recordaría Martín—. Era un trueno. Se atrevió a desafiar con otros señores a las villas guipuzcoanas. Pero fue vencido por los vecinos de Azpeitia y Azcoitia, que conquistaron nuestro castillo, emplazado como una amenaza entre los pueblos, y luego desterrado por el rey. Desmochadas quedaron las almenas de esta casa-torre, cuya parte superior hubo de levantar a su regreso. Desde entonces acabaron las guerras de nuestros parientes mayores. Nosotros, los Loyola, siempre fuimos oñacinos y los más poderosos del bando junto a los Lezcano. Del otro lado, nuestros odiados enemigos, los gamboínos. La gente solía decir: «No pasaban los de Oñaz por la calle de los Gamboa ni los de Gamboa por los de Oñaz; y hasta los vestidos y trajes se diferenciaban, y en traer penachos, que los de Oñaz los traían en la parte izquierda y los de Gamboa, a la derecha». Nada menos que hasta Jimena de la Frontera desterraron a tu abuelo, Íñigo, para que luchara contra los moros «en defensa de la fe católica, guerreando por vuestras personas, e con vuestros caballos e armas, e a vuestras costas contra los enemigos de la dicha fe católica. Y bajo aquel ardiente sol gaditano pudo desfogar su ímpetu guerrero y engendrar dos hijos. Hermosa se llamaba la niña. Volvió nuestro abuelo a Loyola y obtuvo real licencia para reedificar la casa con ladrillos, que son los primeros que en estas tierras trajeron sabor mudéjar de influencia moro-castellana. Y fijaos cómo es la vida: al final el abuelo acabó casándose con doña Sancha, una gamboína de la ca-

sa de Iraeta, que le dio a Beltrán, nuestro padre, y a otras dos hijas más, porque, además, sin ella, tuvo otro bastardo.

De estos relatos de su hermano y de la añeja caligrafía de papeles, mandas, testamentos y legajos que circulaban por su casa, hubo de conocer Íñigo cuánto desasosiego, cuántas lizas y disputas urdían la trama de su pasado. Eran aquellos papeles de la polvorienta arqueta pedazos del orgullo, violencia y ambición que estaban clavados en su estirpe; préstamos, deudas no canceladas, odios y venganzas, transmisiones patrimoniales y hasta el vago y triste nombre de una tal Tessa que, a diferencia de los hombres que dejaban sin pena ni gloria hijos ilegítimos, fue desheredada porque «escogió de vivir inhonesta, no castamente». Eso sí, siempre de un modo u otro, aparecía en aquellos documentos y relatos del pasado el nombre de Dios o de la Virgen María, a quien todos invocaban cerca de la muerte, tal como les habían enseñado desde niños. Una constante en su familia había sido siempre el compromiso en el servicio real, el oficio de las armas y las letras, con capitanes, soldados, escribanos, bachilleres y sacerdotes. Ignacio era un brote más del tupido árbol familiar, cuya función y destino previsto era servir al linaje para consolidar la casa de Loyola en la provincia de Guipúzcoa.

Todo ello en medio de un reino que vivía herido, como casi siempre, por tensiones religiosas. ¿Habría llegado a Loyola el olor a chamusquina de Ávila cuando en 1491, el mismo año del nacimiento de Íñigo, fueron quemados los judíos y conversos acusados del asesinato de un niño? Se hablaba mucho entonces de las atrocidades que cometían los miembros de esta religión, como un supuesto ritual asesino contra un chiquillo cristiano en la localidad segoviana de Sepúlveda, y otro en La Guardia, donde contaban que la criatura fue crucificada y le fue arrancado el corazón para, con un conjuro mágico, destruir a todos los cristianos. Estas y otras historias alimentaban el odio contra los hijos de Abraham, que tendría como consecuencia al año siguiente la expulsión de estos,

aunque quedaron conversos con poder en la corte y algunas jude-rías en Navarra. Asediaban a la sazón los Reyes Católicos las fortalezas del reino nazarí de Granada con el fin de conquistarlo para la cristiandad.

Un aroma a incienso subiría a las papilas de Íñigo al aproximarse a las torres de ermitas que salpicaban el valle y evocar aquellas fiestas a las que iba de la mano de Magdalena de Araoz, y la misa con sus primos, tras el sonar de las nueve campanadas y las estrofas que entonces llenaban la iglesia en loor de Santa María compuestas por un conocido cura del lugar:

*Doncella Madre Dios,
Estrella, guiadnos vos...
Guiadnos a do subió
Él, y la cruz do murió,
de la cual Él descendió
a los infiernos por nos.*

Allí, en aquella iglesia de San Sebastián de Soreasu, estaba también la pila de piedra en que le cristianaron. Y su cuñada le señalaba al salir de iglesias y ermitas, rodeadas de lujurioso verdor, los místicos anagramas de Jesús y María que coronaban torres y cresterías desde tiempos medievales. Luego sus ojos se quedaban prendidos de las cimas del Izarraitz y el Ardanza, que flanqueaban un lado del valle, y del Oleta, Izazpi y Pagotxeta por otro. Entonces ya se veía blandiendo la espada desde un blanco corcel. Comenzaba a soñar despierto con emular a sus antepasados y hermanos, y conquistar aquellas tierras y mares lejanos de los que había oído hablar a Martín. ¿Acaso un pariente suyo de Lequeitio, entre otros marinos de la familia, tal como le habían contado, no llevó en su nave al mismísimo Boabdil, el que lloró «como mujer» los perdidos jardines de la Alhambra que «no supo defender como hombre»?

También me hubiera gustado haber conversado con otro habitante de la casa-torre: Pedro López de Oñaz, el único hermano sacerdote de la familia, de escasa diferencia de edad con él y el que más había tratado a Íñigo. Era Pedro algo casquivano y no buen observante de las normas eclesiásticas, hasta el punto de que se le conocieron cuatro hijos naturales. Bien es verdad que las costumbres del clero de Azpeitia dejaban mucho que desear. Se peleaban entonces con el naciente convento de franciscanas, por miedo a perder los diezmos. En 1506 llegaron a excomulgar en la Misa Mayor a las beatas y a derribar el pobre altar que las monjas habían improvisado. Además, hubo un litigio entre los Loyola y el párroco Juan Anchieta, ya que los primeros querían que Pedro fuera el párroco y el segundo pretendía el cargo para un sobrino suyo. El caso acabaría en sangre, puesto que este último terminaría muriendo a manos de dos espadachines de los Oñaz.

No hay pruebas de que Íñigo, años después, estuviera implicado en este crimen. Tampoco está muy claro lo que ocurrió aquella noche de martes de Carnaval, 20 de febrero de 1515, cuando, de visita en su tierra, se reencontró con su hermano el clérigo y este, que recibiría las órdenes sagradas tres años después, le esperaba para irse de juerga a Azpeitia.

No es difícil imaginar que el pueblo ardiera en el bullicio de máscaras y danzantes; que el vino corriera sin cuento entre algunas promiscuidades y desenfrenos; y que Pedro e Íñigo, acostumbrados a corrérselas juntos, como constaría en varios procesos, bebieran entre risas algunos vasos de más. El caso es que en mitad de la noche y en algún rincón oscuro de la villa, probablemente chocaron las espadas desenvainadas, sin duda en torno a alguna hermosa mujer. Las cosas se pusieron tensas, aparecieron los alguaciles y Pedro e Íñigo acabaron ante el corregidor de Guipúzcoa.

—Ambos somos clérigos, señor corregidor. Nos acogemos, por tanto, al fuero eclesiástico del obispo de Pamplona, puesto que

nos amparan las bulas y privilegios concedidos por su santidad Alejandro VI a los reyes Isabel y Fernando —arguyó el mayor de los Loyola.

La indignación alteró el rostro del corregidor, que ordenó al escribano Juan Pérez de Ubilla que investigara si era verdad que tales individuos fueran realmente clérigos. Estaba claro que Pedro lo era. Pero ni el aspecto ni los modos de Íñigo hacían pensar que hubiera sido tonsurado.

El hecho es que aquel proceso les complicó la vida. Mientras esperaban en las cárceles del obispado de Pamplona, las autoridades eclesiásticas respondieron el 6 de marzo que estudiarían el caso. Íñigo, para defenderse, nombró de procurador a Martín de Zabladica. Al final nadie pudo probar que el joven Loyola hubiera sido tonsurado, «antes es público e notorio que siempre ha traído armas e capa abierta e cabello largo sin traer corona (tonsura) abierta»; y por lo tanto «no se entremetan a impedir al dicho señor corregidor la justicia real de su Alteza, pues aquel dicho Íñigo de Loyola no ha traído hábito e tonsura decente, e los delitos que cometió son cualificados e muy enormes, por los haber cometido él e Pedro López de Loyola, clérigo, e le den la pena condigna al dicho delicto, e al dicho Íñigo de Loyola remitan el dicho señor corregidor, para que le den la pena que fallare por derecho, pues es de su fuero e jurisdicción».

Total, que ni se encontraba el nombre de Íñigo en el registro de clérigos ni él se comportaba como tal, aun en la hipótesis de que hubiera sido tonsurado de niño como a veces se acostumbraba, pues insisten los informes que seguía luciendo «cabellos copiosos y melena larga hasta los hombros inclusive», y que «ha llevado y lleva aun el día de hoy la veste escaqueada y bipartida en dos colores, birrete colorado, espada y otras armas».

¿Qué sucedió luego? Nunca conseguí saberlo. Fuera que el contador don Juan Velázquez de Cuéllar, a cuyo servicio estaba por entonces, intercediera; que hubiera sobreseimiento del caso o se

quisiera evitar conflictos entre ambos tribunales y jurisdicciones, el hecho es que el cura volvió a su parroquia e Íñigo a su palacio de Arévalo, donde le esperaba con los brazos abiertos su amigo y protector Velázquez, las fiestas y banquetes, el ejercicio de las armas, los galanteos y las cacerías de perdices patirrojas y de tímidos conejos que se escondían en los fríos campos avileños entreverados de pinares y calvas roquedas. De su hermano Pedro sabemos que viajó tres veces a Roma a defender los intereses de su familia y que murió en 1529 a su paso por Barcelona.

Por tanto, Loyola quedaría para siempre con agujero de madre, crianza de nodriza, conversaciones de guerra, reyertas de bandos locales, una fe de ermita y romería, y quizás un remedo de madre y mujer idealizada en su cuñada Magdalena, que retornaría en su recuerdo y luego en su herida y conversión como quizás el único perfume y ternura de mujer en los albores de su infancia.

¿Y qué tenía de vasco? Por lo que de las gentes de esa tierra he podido conocer, un vivir hacia dentro en concentración, el espíritu reflexivo, la expansión lenta pero audaz, tan segura de sí como pobre en expresión colorista y, sobre todo, firmeza de voluntad. Como me dijo una vez Gonçalves de Cámara: «Vos habéis de saber que el padre Ignacio es bueno y muy virtuoso, pero es vizcaíno, que como tome una cosa a pecho...». No terminó la frase, pero no hay que ser muy perspicaz para adivinarla. O como decía el cardenal Rodolfo Pío de Carpi: «Ya fijó el clavo». Así de firme era en sus decisiones. Del vascuence, hablado sin duda en su casa, le quedó un estilo al escribir con continuas elipsis, el uso frecuente de gerundios e infinitivos, la omisión de artículos. También era consciente el joven Loyola de que pertenecía a una familia noble, con alcurnia, y económicamente adinerada, como consta en muchos documentos, que había servido a los Reyes de España.

Las raíces hacen a un hombre y las circunstancias moldean una vida. En la mirada de Ignacio descubriría yo con el tiempo la

orfandad escondida, los sueños de caballero, los amores imposibles, gestas por emprender, voluntad indefectible, pasión secreta y entrega a una causa. Pero el primer sueño, siguiendo la tradición de la familia, era el de caballero andante y, para recibir la educación adecuada a un gentilhombre, se encaminó muy joven a Castilla.